CAUDAL DE DONES

Guillermo Francisco Salvador Saldarriaga

Image not found.

Capítulo 1

CAUDAL DE DONES

Al calor de la noche ella apareció, o quizá no apareció sino que la llamé como llamo a las personas con el pensamiento o con una sola tecla del teléfono. Había estado toda la tarde en " Paz y Loyola " fumando unos puchos y bebiendo unos vodkas , bajo una luz amarilla y los coloquios bizantinos de los mozos , tratando de alguna u otra manera de soliviantar unos hilos quemantes que empezaban a quebrantarme el cuerpo por el recuerdo de un rostro de cuy o ardilla , lunar pequeño en la mejilla derecha , labios de fresa , voz cálida y fino acento que me habían dejado con los crespos hechos el último sábado en la Facultad cuando la vi de nuevo, diríamos que la veía casi siempre , a veces en el ascensor , en la pileta de la universidad o con su grupo de amigas y no me atrevía a dar el primer paso , pero esa vez fue distinto , en el umbral de aquel rincón de Velasco, ataviada de un chaleco negro, un jean ajustadísimo y unos tacos que intentaban superar todavía mi casi metro ochenta de estatura , se plantó ante mí como una dádiva o un milagro de Dios . Recuerdo muy bien cómo me miró, pocas veces las mujeres, finos seres, ninfas de verdad y poesía, me habían mirado con esa profundidad y a la vez júbilo que ella proyectaba sobre ese pasadizo aun vacío y luego sobre ese parquet rodeado por muros melón, espejos redondos, y luz casi intermitente que en un momento se volvió más clara o al menos así parecía.

Hablamos, pocas veces habíamos hablado, pero duró tan poco nuestro diálogo porque cuando estuvo a solo cinco centímetros de mí, tal vez fue menos, sentí sus dedos que como gusanos ingresaban tras mi suéter, llegaban a mi pecho e intentaban penetrar más allá de mi vientre y mi sexo. Me miró de nuevo y cerró los ojos como yo los cerré por casi veinte segundos cuando exploré sus dientes, su lengua, sus encías y nuestras salivas , acaso frescas , se confundieron y creí estar a borde de la hoguera , terreno cabal para los dichosos y audaces de esta orbe .

En minutos, aun lo recuerdo , ya estaba en sus mejillas, en su cuello, luchando por dejar afuera de primero una blusita rosadita y apretadísima , y enseguida un sujetador delgadísimo y rojizo mientras empezaba a sorber sus pechos, su sudor, luego de haber jugado por varios segundos con sus cabellos, ensortijados , largos y negros , y haber endiosado sus dedos felinos , de uvas y naranjas , y aquella fragancia de flores que

inundaban sus axilas y parte de su vientre, mapamundi de frenéticos recuerdos, ciudad de melón, fortificación de pan, castillo de durazno. Hasta ese momento me sentía o era un dios, envuelto en un frenesí cabal, casi perpetuo parecido a lo que había pasado alguna vez, quizá fueron muchas veces, desde mi juventud, en el pasaje Güemes con las Josianne de Cortázar, siluetas escuálidas, núbiles, de piel aceitunada en su mayoría , duchas de pasión y rebeldía , pero ella por nada del mundo era como esas Josianne ni yo era en esos momentos como aquel corredor de bolsa y niño mimado y mentiroso del Otro Cielo. Éramos ella y yo, un solo mundo, un enlace tangible y sempiterno sobre una especie de tálamo nupcial, envueltos de sábanas blancas y humedad.

A medida que los minutos transcurrían , y como una criatura insignificante , acaso frívola , sucumbí en la tersa y jugosa piel de sus caderas y su espalda, pensar que hace años me había enamorado de una mujer, mucho mayor que yo, que de un momento a otro, luego de tres meses, me había dejado en el vacío más completo.

No demoré en hallar en Claudia el núcleo de un mundo oscuro, mata de vellos, caudal de dones, bosque aun impenetrable que ella me hizo saber mientras volvía a juntar su boca con la mía, su saliva con la mía, y se movía y encogía, apretándome las manos, mordiéndome el pecho, desplegando una mezcla de estertores de salvación o dicha sobre los lóbulos de mis orejas, sobre mis huesos de metal, sobre mi corteza de Aldebarán…

Escrito por: Guillermo Salvador Saldarriaga.